

# Molino de viento

En la colina se alzaba orgullosa el molino; y en efecto, era bastante orgulloso.

—¡Yo no soy nada orgullosa! —decía—. Pero soy muy ilustrada, por dentro y por fuera. El sol y la luna están a mi servicio, tanto para uso interior como exterior; además, tengo de reserva velas de estearina, lámparas de aceite de ballena y velas de sebo. ¡Me atrevo a decir que soy ilustrada! Soy un ser pensante y estoy tan bien construida que da gusto verme. En mi pecho tengo una excelente muela, y sobre mi cabeza, justo debajo del sombrero, cuatro alas. ¡Las aves solo tienen dos alas y las llevan auestas en la espalda! Soy de origen holandés; se nota por mi figura: ¡la «holandesa voladora»! Sé que el «holandés volante» es un fenómeno sobrenatural, pero en mí no hay nada antinatural. Alrededor de mi vientre corre toda una galería, y en la parte inferior hay alojamiento habitable. Allí viven mis pensamientos. El principal, que lo dirige todo, es llamado por los demás pensamientos el amo. Él sabe lo que quiere, está mucho más arriba que el grano y la harina, pero también tiene su igual; la llaman la ama. Ella es el alma de todo el asunto; en general no es tonta, también sabe lo que quiere y conoce sus propias fuerzas; es tierna como el soplo del viento, fuerte como la tempestad y sabe conseguir lo suyo poco a poco. Ella es mi lado sensible, mientras que el amo es el positivo; pero ambos constituyen, en esencia, uno solo y se llaman mutuamente su mitad. Tienen también pequeños, pequeños pensamientos que con el tiempo pueden crecer. ¡Esos pequeñuelos arman a veces tal alboroto! Hace pocos días, cuando juiciosa y razonablemente permití al amo y a su ayudante investigar en mi pecho la muela y las ruedas —yo sentía que algo no iba bien, ¡pero hay que saber qué ocurre dentro de uno mismo!—, pues bien, ¡los pequeñuelos armaron entonces tal alboroto! Y eso no viene a cuento cuando se está tan alto como yo. Hay que recordar que uno está a la vista de todos y bajo plena iluminación; ¡el juicio humano es esa misma iluminación! Sí, ¿qué era lo que quería decir? ¡Ah, sí, el espantoso alboroto de los pequeñuelos! El más pequeño llegó hasta mi sombrero y empezó a traquetear la lengua de tal modo que me hizo cosquillas por dentro. Pero los pequeños pensamientos pueden crecer; yo misma lo he experimentado; y también pueden venir pensamientos desde fuera, y no exactamente de mi misma especie; por mucho que miro alrededor, ¡en ninguna parte veo alguien semejante a mí, nadie excepto yo misma! Pero incluso en las casas sin alas, donde se muele sin muelas, solo con lenguas, también hay pensamientos. Esos pensamientos vienen a los míos y se casan con ellos, como ellos lo llaman. ¡Qué extraño! Sí, hay muchas cosas extrañas en el mundo. Por ejemplo: algo ha ocurrido conmigo o dentro de mí; algo parece haber cambiado en el mecanismo. El molinero parece haber cambiado

su «mitad» por otra más tierna, joven y piadosa, y él mismo se ha vuelto por ello más blando de alma; su «mitad» parece haber cambiado, pero en realidad sigue siendo la misma, solo que se ha suavizado con los años. Y así todo lo amargo se ha evaporado, y el asunto marcha aún mejor. Los días pasan tras los días, siempre adelante, para alegría y felicidad, y finalmente llega —sí, de esto se ha hablado y escrito en los libros— el día en que yo dejaré de existir, y sin embargo ¡seguiré existiendo! Me desmoronaré para resurgir de nuevo en una forma aún mejor; dejaré de existir y, no obstante, continuaré existiendo. Me convertiré en otra y al mismo tiempo seguiré siendo yo misma. Me resulta difícil comprenderlo, por muy ilustrada que esté por el sol, la luna, la estearina, el aceite de ballena y el sebo. Pero sé firmemente que mis viejas vigas y ladrillos resurgirán de entre los escombros. Espero conservar también mis antiguos pensamientos: el amo, la ama, todos los grandes y pequeños, toda la familia, como yo los llamo, toda la compañía pensante; ¡sin ellos no puedo vivir! Espero también seguir siendo yo misma, tal como soy, con la muela en el pecho, las alas en la cabeza y la galería alrededor del vientre; de lo contrario, ni yo misma me reconocería, ni los demás me reconocerían ni dirían ya: «He aquí que en la colina se alza orgullosa el molino, pero ella misma no es en absoluto orgullosa».

Esto es lo que decía el molino; decía muchas otras cosas también, pero esto es lo principal.

Y los días pasaban tras los días, y el último de ellos fue para ella el postrero.

El molino se incendió; la llama brotó, se lanzó hacia fuera y hacia dentro, lamió las vigas y los tablones, y luego los devoró todos. El molino se derrumbó, y de él solo quedó ceniza; el lugar del incendio aún humeaba, pero pronto el viento dispersó el humo.

A los habitantes vivos del molino no les ocurrió nada en aquella ocasión; solo salieron ganando. La familia del molinero —un alma, muchas cabezas que formaban un todo— adquirió un molino nuevo y maravilloso, del cual podía estar plenamente satisfecha. El molino era, a primera vista, exactamente igual que el antiguo, y de él también se decía: «¡Allí, en la colina, se alza orgullosa el molino!». Pero este estaba mejor construido, más moderno, pues todo avanza. Las viejas vigas, carcomidas por los gusanos, se pudrieron, se convirtieron en polvo, en ceniza, y el cuerpo del molino no resurgió del polvo, como ella creyó. Ella entendía todo lo dicho en sentido literal, ¡pero no puede entenderse todo literalmente!